

UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 20

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.



SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL SPERONARE, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la NOVELA FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

sangre regeneradora que borra toda mancha. Si, la fiesta de Pascua es la fiesta por excelencia. Lo que es la aurora á los cansados ojos de la noche, lo que es el rocío vivificador á las

nidad para el verdadero cristiano. Y es cuando los corazones fieles deben alegrarse y abrirse á los rayos del sol de justicia. ¡La losa del sepulcro está levantada! Sus discípulos, fieles de

LA PASCUA.

FESTIVIDADES CRISTIANAS.

Esta es la solemnidad por excelencia, la fiesta patronal del cristianismo, el día que dijo el Señor: hoy cesan los cantos lúgubres y desaparecen las ropas de luto; á los acantos de maldición y detritiza que la Iglesia tomaba de los profetas de la ley antigua, suceden las sencillas narraciones de los evangelistas y los cantos de gratitud. ¡Aleluya! esclama el linage humano todo entero, arrancado al sepulcro del pecado. ¡Aleluya! ya verdaderamente á esta hora todo está consumado; la grande obra de la regeneracion llega á su término; el cielo está abierto; el infierno está domado; la muerte está vencida; la esperanza está asentada sobre una base inmortal. ¡Aleluya! La nube de tristeza que el sacrificio del Gólgota habia derramado sobre la naturaleza entera se ha desgarrado; el grito de agonía que habia rajado las peñas del Calvario, ha cesado de repente, y la tierra, que poco antes palpitaba como oprimida bajo el doble peso de sus crímenes y de la magestad de un Dios espirante, ya no se estremece mas que de ventura y júbilo. ¡Triunfo! ¡Victoria! ¡Bendicion y gloria al cordero inmolado por los pecados del mundo, y resucitado para nuestra justificacion! Mirad el sol, anublado hace un momento, vuelve á aparecer mas radiante. Un resplandor mas templado ilumina el cielo, y la naturaleza entera parece orgullosa y contenta de ofrecer-



La Resurreccion.

se á las miradas del Criador, empapada en la plantas abrasadas por el sol, lo que es para el Cristo, venid á ver á vuestro Redentor; no ya desterrado la vista de su patria, es esta solem- aquel rey de los dolores, á aquel ultimo de los

hombres, abrevado de oprobio y teñido en su sangre; sino al triunfador de la muerte radiante de magestad, rodeado como de un torbellino de gloria, y eclipsando con su esplendor la lumbrera del día. Acercaos á esa sepultura, donde el odio de sus enemtgos creía haber hundido su poder. ¿Qué veis en ella? Una mortaja, inútiles vestiduras, último despojo de su mortalidad; pero él ya no está ahí; ha resucitado, verdaderamente ha resucitado; Magdalena nos lo atestigua; Magdalena, la apasionada amante de Jesucristo, ¿y el amor no engaña! ¿Y sus dolores, dónde están? se han desvanecido... ¿Y su amarga agonía, ¿y sus penetrantes gritos, y su sangrienta cruz? Todo pasó; todo pasó. A los misterios de dolor, han sucedido los misterios de ventura; á la flaqueza la fuerza, á la muerte la vida... Repetid, pues, en el piadoso entusiasmo del amor, en el delirio de la alegría: Cristo ha resucitado verdaderamente. ¡Aleluya!

LA CUESTACION DE JUEVES SANTO.

Oyente, si tú me ayudas
Con tu malicia y tu risa,
Verdades diré en camisa
Poco menos que desnudas.

QUEVEDO.

Vamos á trazar á grandes rasgos un cuadro de costumbres de actualidad. ¡Y por Dios que no sabemos con qué tintas cargar nuestra paleta! Quisiéramos presentar dos figuras, que aun cuando para muchos son iguales, son tan distintas, que se rechazan la una á la otra. La caridad y la filantropía.

Cuando la filosofía del siglo pasado trastornó todas las creencias, y semejante al ángel rebelde, echó sobre la obra de su ignorancia y de su orgullo una mirada de satisfacción y de alegría; conoció, sin embargo, que le faltaba algo á aquella obra de destrucción. La insociabilidad de sus doctrinas debía comprometer su duración; vió que siendo el egoísmo el principio de su organización, había roto todos los vínculos que unen al hombre con el hombre: comprendió en fin, que había sofocado en él todos los sentimientos, cuyo auxilio no pueden repudiar la debilidad de su larga infancia y las miserias de su larga vida. Este resultado de los preceptos de la escuela enciclopédica era lógico é inevitable.

La irresistible progresión de estas fatales ideas aterró á la filosofía. La sociedad, parándose á la entrada del árido desierto que querían hacerle cruzar, podía romper el yugo que le imponían, y sustraerse al influjo de semejantes doctrinas por el hastío que inspiran. La filosofía pensó seriamente en crear una virtud, ó á lo menos una práctica, cuyo origen estuviese en el egoísmo, y que sin embargo, satisficiera algunas de las necesidades sociales del hombre, halagando al mismo tiempo su amor propio y su orgullo. La filantropía fué llamada á resolver este problema: su destino era reemplazar á la caridad cristiana: como si dependiera de los hombres cubrir los vicios de la tierra con la blanca túnica de las virtudes celestiales! Pero la filantropía y la caridad nunca han podido confundirse: en ambas doctrinas ha quedado profundamente estampado el sello del principio de que emanan, formando en la moral dos polos opuestos con un carácter especial, cuyo punto de convergencia no puede hallarse, porque no existe. La filantropía se glorifica con sus propias obras; la caridad, al contrario, se desconoce á sí misma, y sigue el precepto del divino legislador, que ha dicho: *que tu mano izquierda ignore lo que ha dado la derecha: si haces una buena acción y te jactas de ella, tú te habrás pagado á ti mismo.*

Este es el sentimiento de la caridad, hacer el bien en secreto y por sí mismo; y el de la filantropía hacer el bien públicamente y por su propia conveniencia; así se esplican de un modo lógico el carácter y los fines divergentes de la filantropía y de la caridad.

Si se pidiese á las artes la personificación alegórica de estas doctrinas opuestas, sería menester representar á la filantropía bajo la figura de un anciano, que va públicamente derraman-

do algunas monedas de oro, á fin de que no piensen en robarle el tesoro que lleva en el seno; y á la caridad bajo la de una virgen con los ojos vendados y la mano abierta.

La caridad ha formado en Madrid una asociación de las mas nobles señoras, que con el mas puro sentimiento, todos los dias descienden, llevando en los labios la sonrisa de la esperanza, al asilo donde yacen entre los dolores y los infortunios de la abandonada infancia, las víctimas de la corrupción de la sociedad, rechazadas por sus padres en el momento de nacer. La caridad cristiana brilla con toda su celestial belleza en esta asociación, cuyo objeto no adivina la filantropía, porque no comprende su valor. Pero las señoras, que conocen el siglo positivo en que vivimos, y en que desgraciadamente están debilitadas las creencias, origen de la caridad, no desdennan, porque su fin es el hacer el bien, acudir á la filantropía y arrancar de los sectarios de esta lo que no darian á la caridad que desconocen...

Insensiblemente vamos haciendo una meditación cristiana, cuando lo que nos proponemos es pintar un cuadro de costumbres. Manos á la obra, y veamos á ver las figuras que salen de nuestro pincel.

Estamos en Jueves Santo. Ha cesado todo ruido. El mundo permanece en silencio. No se oye en lo alto de las torres el tañido de las campanas, ni en las calles el rumor de los coches. La democracia ve por solo este dia realizados sus ensueños. El grande y el pequeño, el poderoso y el miserable, todos andan á pie. Todos tienen un solo punto á donde ir, porque las diversiones han cesado, las sociedades se han interrumpido: están cerrados los tribunales, las oficinas públicas, la asamblea; solo están abiertos los palacios del pobre, los templos. ¡Allí acuden todos á rodear el sepulcro del que hace diez y ocho siglos anunció por la primera vez, á la tierra oprimida bajo el yugo de Tiberio, la libertad, la igualdad, la fraternidad verdaderas! No esa libertad, esa igualdad y esa fraternidad con que abusando los hombres en diversas épocas, han cubierto de sangre la tierra.

En cada templo hay, cerca de la puerta, una mesa en donde una señora, elegantemente vestida, rodeada de unos infelices niños cruelmente abandonados por la sociedad, implora la caridad del cristiano, escita la filantropía del incrédulo. Ingeniosas para el bien, se dirigen á todos los corazones, á aquellos en quienes domina la caridad de Jesus, y á aquellos que en este dia quieren ostentarse generosos en hacer el bien.

La bandeja que tienen delante de sí está llena de monedas de plata, brillan algunas de oro, y se ven tambien de esos papeles delgados que con tres firmas representan un valor superior á la plata y el oro. Jóvenes elegantes, con rostro alegre y risueño, hombres de edad madura y continente grave, acuden presurosos á llenar la bandeja y recibir una graciosa sonrisa de la elegante cuestadora en pago de su ofrenda. ¿Qué acceso de caridad ó de filantropía se ha apoderado de los cristianos y de los hombres de mundo en este dia? ¿Estamos en los tiempos de los primitivos fieles, en que se agolpaban para depositar sus bienes al pie de los apóstoles, para el sosten de la naciente sociedad cristiana? ¿Por qué hoy y no otros dias acude la juventud y la ancianidad á entregar su ofrenda para la desvalida infancia, en manos, no del apóstol y sus sucesores, sino de esa linda y engalanada señora, cuya sonrisa al recibirla es capaz de distraer al mas austero de los tristes misterios que en aquel momento, cubierta de dolor y de luto, celebra la Iglesia?

¡Hay en esta generosa cuestación, como en todas las cosas del mundo hay, lo que en los teatros antiguos llamaban los romanos *el Deus ex machina!*

Todas esas gentes que depositan sus limosnas para la desvalida infancia, van impulsadas, arrastradas por anticipadas invitaciones de las señoras, cuyo celo es tan ingenioso como superior á todo elogio, y aun así no es poco el mérito que contrajeran los filántropos si lo hicieran por Dios, pues los trabajos, fatigas y pasos que les caetan además de los gastos, son para algunos de consideración.

Unos cuantos dias antes de la Semana Santa,

en todas las tertulias, en todas las sociedades hay una misma y única conversacion. La señora de la casa dice á sus tertulios, visitas y conocidos: el Jueves Santo de cinco á seis de la tarde pido para las niñas de la Inclusa en San Sebastian. ¡Con que no lo olvide vd.!

Como cada cual no limita su trato únicamente á una casa, que concurre á muchísimas, y en todas oye la misma idéntica y sempiterna invitación, le hace el mismo efecto que la papeleta del cobrador de contribuciones, cuando anticipadamente nos avisa que dentro de tres dias pasará á domicilio á cobrar la cuota señalada ó por contribucion ordinaria ó por los anticipos, que se van haciendo ya tan ordinarios como las mismas contribuciones.

Y ya que hablamos de papeletas, no podemos menos de alabar la feliz ocurrencia de algunas señoras, que no contentas con poner en contribucion á los que se colocan bajo el fuego de sus ojos, llevan la persecucion hasta el interior de las casas de los perezosos y poco amigos de visitas. Una papeleta impresa viene á sorprenderle á uno en su casa, participándole que la señora de tal ó cual pide para la Inclusa en San Marcos de tres á cuatro de la tarde. ¡Después llega otra papeleta igual, y otra, y otras...

¿Qué hacer en estas circunstancias, después de maldecir la incontinencia de la sociedad, que es tanta, que nunca hay bastantes medios para sostener las víctimas de sus desórdenes? ¿Cómo se ha de gobernar el Jueves Santo el hombre que no tiene recursos cuando inexorablemente ha de corresponder á las invitaciones de tantas y tan lindas señoras como le han dispensado sus atenciones en todo el año? Lo menos que puede hacer, es contribuir con la cuota mas pequeña; y ¡cuenta, que la cuota mas pequeña es un napoleon!

Contra esta plaga de invitaciones hay un remedio, el remedio heroico de los grandes males. ¡La emigración!

Muchos se van á pasar la Semana Santa á Toledo ó á Sevilla, y tambien al Escorial, con lo que de seguro ganan dinero además de pagar los gastos del viage. Otros no pueden pagar estos gastos, y parodian las costumbres de los pobres de Inglaterra, que en cierta estación del año, cierran herméticamente las ventanas y puertas de su casa, y se refugian en lo interior de ellas como los monjes de la Tebaida, para aparentar que se hallan en sus casas de campo. Aquí algunos desgraciados se encierran entre las cuatro paredes de su casa desde el Domingo de Ramos, y no salen hasta que las campanas, mudas estos dias, han tocado á gloria, y la Iglesia, rasgando sus vestiduras de luto, lanza el alegre *aleluya*.

Otros hay tan impertérritos, que ni emigran, ni se encastillan en sus casas, y aunque reueltos á no pagar el impuesto de la cuestación de Semana Santa, tienen gran curiosidad de ver cómo está la señora tal ó cual, si ha sacado mucho ó poco: estos son grandes tácticos: hacen en el templo varios movimientos estratégicos para ver y no ser vistos, procurando ponerse siempre fuera del tiro del cañon de la plaza, es decir, fuera del alcance del ojo de la señora que pide, mas listo que el de un carabnero de costas y fronteras en su atalaya, avistando un alijo.—Alguna vez no les sirve su táctica, han sido descubiertos, y un repiqueteo sobre la bandeja dado con un duro, advierte á los torpes que no hay fuga posible, y entonces con tardo y perezoso paso se acercan y tienen que trocar un napoleon por una amable sonrisa, y un Dios se lo pague, que de seguro no pagará el Señor, que conoce á fondo la espontaneidad y voluntad de los mortales.

Si estos son los trabajos de la cuestación de Semana Santa para los que tienen poco dinero, no dejan de tener trabajo y no flojo los *felices de la tierra*, á quienes les ha sonreído la fortuna. El dinero para ellos es poca cosa: ¡tienen tanto!... Pero examinemos sus fatigas. Hombre hay cuyos pies, acostumbrados á descansar en la mullida alfombra de una elegante berlina ó carretela, no ha pisado el maldito empedrado de Madrid. Pues bien, ese opulento señor hace en este dia por amor, no de Dios, sino de las lindas y elegantes peticionarias de la Inclusa, ejercicio para todo el año. Lo galante, lo cortés es

el llevar personalmente la ofrenda, el mandarla por un dependiente ó un lacayo es de mal tono, prosaico, y sobre todo poco lisonjero á la señora.

El que tiene que acudir casi á unas mismas horas á la parroquia de San José en la calle de Alcalá, á la de San Marcos, á la de San Sebastian y á la de Santa María, y la Encarnacion, aristocrática parroquia de palacio, ya puede decir que ha hecho un curso de andarín. Si tiene obesidad, calidad casi inseparable de una gran fortuna, y en vez de un Jueves Santo hubiera algunos mas en el año, de seguro lograria volver á ver esbelto y flexible su abultado talle.

En las mesas petitorias sucede lo que en todas las cosas del mundo. Decian los antiguos: *Habent sua sidera lites*. Cada parroquia tiene su estrella, su época. Parroquia hay donde apenas van algunos modestos bienhechores de la Inclusa. Otras en que se apiñan, agolpan y se precipitan á depositar su ofrenda, que algunos por cierto necesitarán tanto ó mas que el establecimiento que van á socorrer, y á mendigar una sonrisa, una mirada de la señora que allí los atrae, porque su marido es una de las influencias de la época.

En fin, gracias á la caridad, gracias á la filantropía, aunque tan diferentes entre sí, y sobre todo, gracias al celo de la asociación bienhechora de las damas de la Inclusa, el bien se habrá hecho, y un establecimiento tan útil como el de los niños espósitos, podrá tener un ligero respiro en sus ahogos.

Las señoras tendrán materia de conversacion para dos dias en sus sociedades, y para reconvenir y dar gracias á sus adoradores y amigos.

Este es el cuadro de la cuestacion para la Inclusa del Jueves Santo en Madrid.

Si no está bien dibujado, si no es tan entretenido como debiera, pues el asunto lo merece, tendrá la culpa, lector amigo, tu atento servidor

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

EL PERRO DE AZUCAR.

I.

Se ha repetido mucho que la infancia es la edad mas hermosa de la vida; no se ha dicho bastante que es la edad de las mas grandes alegrías, de los mas grandes dolores, y aun diria si á ello me atreviese, casi de las mas grandes pasiones. En efecto, recordad conmigo.... ¡Es tan bueno acordarse!

Cuando teníamos diez años (¡ay! ¿quién no desearia tenerlos en la actualidad?), cuando estábamos en la clase ínfima y llegaba la distribucion de premios, ¡qué impaciencia! ¡qué angustias! ¡qué tormentos despues de salir mal! ¡Qué alegría despues de un triunfo! Y observad que todo esto era en mucho mayor grado entre nosotros... los mas pequeños.... los últimos inscriptos en la misteriosa lista. Se nombraba á los filósofos y los retóricos en primer lugar.... ¡Todos á continuacion! No habian tenido el placer de esperar... la voluptuosa ansiedad que descendiendo nombre por nombre la escala de las clases, guardaba todo su sabor, todo su refinamiento, toda su plenitud para la última clase... para nosotros, pobres pequeñuelos menores, que hacia cuatro horas estábamos allí... que habíamos oido el discurso en latin del director sin comprender una palabra de él (una dicha mas), que habíamos visto desfilar por delante de nosotros las frentes coronadas... escuchando todos los acordes de la orquesta que proporcionaba la guarnicion... asistido á todas las peripecias de ese gran drama anual, de ese otro juicio final.

Luego llegaba nuestro turno... ¡por fin! ¡Cómo se quedaba uno inmóvil y con la boca abierta de repente! ¡Cómo encarnaban nuestras uñas en la palma de la mano! ¡Cómo se le oprimia á uno el corazón espantosamente! Y si oia uno resonar su nombre... se enderezaba uno dando un salto... bajaba magestuosamente los escalones del estrado... estaba uno ébrio... loco de orgullo y de alegría... Pero ¡qué desentencin, por el contrario, qué tristeza si la interminable lista lle-

gaba al último nombre sin que el vuestro hubiese sido pronunciado!... ¡Qué punzante humillacion! ¡No llorábamos, no! pero las lágrimas caian gota á gota dentro del corazón. Jamás ministro próximo á caer, jamás héroe vencido ha experimentado aquellos tormentos.... ¡Asi como jamás conquistador al sentarse sobre un trono, jamás poeta subiendo al Capitolio con el laurel de oro en la frente, no sintieron semejantes emociones, embriagamiento parecido!...

¡Otra felicidad... La mañana del premio, la conquista de los *exeat*, ¿eh? ¡Llegó la hora! Algunos han salido ya; ¿saldrá uno á su vez?... Se informa uno temblando... ¡Qué ardor si quedan algunos castigos sin salir atrasados! ¡Qué desesperacion si la retencion debe prolongarse durante toda la eternidad de un domingo! Para los que salen, al contrario, no importa á qué hora; para los que llegan al fin á recibir el *exeat*, ese agradable ábrete de la puerta de la calle; la calle, mucho mas bella en los sueños del colegio que el maravilloso palacio que apareció á los deslumbrados ojos de Aladin; ¡para los elegidos qué alegría! ¡Con qué orgullo se abrochaba uno la chaquetilla que oprimia un corazón polpitante! ¡Con qué vanidosa coquetería se peinaba! ¡Cómo se bajaba la escalera creyendo caminar sobre rosas! ¡Cómo pasaba con altanería por delante del portero! ¡Cómo se atravesaba la última reja! ¡Cómo se lanzaba fuera! Y entonces... entonces... ¡Oh! Mas acordaos de aquel primer soplo de aire libre que os soplabá, os inundaba, os llenaba el pecho de no sé qué voluptuosidad que no tiene nombre, envolviéndoos completamente en una inmensa caricia que os hacia feliz hasta hacerlos prorumpir en gritos. Aquel aire no era el mismo que se respiraba dentro del colegio. ¡El mismo aire!... ¡Ah! ¡no! ¡Era como al salir del infierno sentir una brisa del paraíso! Era... ¡Oh! Mirad, romped de repente los hierros del mas impaciente de los forzados... desenterrad del fondo de su calabozo el Latude mas desesperado que se puede imaginar.... haced franquear á aquel la puerta de la mazmorra, á este la reja de la prision. decidles á los dos: ¡estais libres! Ni el uno ni el otro experimentarán lo que experimenta el escolar lanzándose fuera del colegio en dia de vacaciones!

Pero direis acaso, ¿hay, pues, mas fuerza de voluntad, mas sensaciones en el niño que en el hombre? ¡Sin duda alguna! El hombre, cuando mas, no es sino un niño crecido, ensanchado, voluminoso, mas ó menos gastado ya. Todo es nuevo en el niño, todo está concentrado, todo es virgen. ¡Aprender á andar, á hablar, á sentir, he ahí los grandes esfuerzos de la vida! Por otra parte, nada se desarrolla sino á condicion de embotarse al mismo tiempo. Primeras miradas, primeros sonidos que se perciben, primeros olores y primer tacto, nada podeis comparar. Iba á olvidar el gusto... El gusto entre los niños, ¿no es la gula? Grimod de La Reynerie, Brillat-Savarin, Lúculo, ¿han saboreado jamás nada tan delicioso como las manzanas verdes que comemos á mordiscos á los diez años, como las endiabladas comiditas que eran para nosotros magníficos festines?

Pasemos á los sentimientos. ¿Se pretenderá que la amistad, que la envidia, que el amor son pasiones reservadas solo al hombre? Pues nadie mas que los niños saben ser amigos. Los niños son en muchas cosas Otelos; los hay, desde muy chiquitos, que se mueren á fuerza de ser celosos. La savia anterior al amor, sus primeras é ingenuas expresiones, sus vagos deseos infantiles, dejan muy atrás las mas insensatas fiebres de los Des-Grioux y de los Romeos. ¿Por qué los amores de Pablo y Virginia son los mas interesantes de todos los amores? ¡Precisamente porque son amores de niños!

En fin, y creo que es tiempo de concluir con este exordio, en el cual es sobre todo donde resalta la superioridad de la infancia. Nada tan violento como sus antipatías, sus odios, sus vicios. ¡Esa edad no conoce la piedad! decia el buen La Fontaine. «Nosotros hemos sido todos pequeños asesinos, exclamaba una noche Sylsed, con quien yo conversaba sobre esto orilla del fuego. Todos hemos nacido bribones. Yo, lo confieso francamente, ¡he robado!...» Luego añadió:

«Si todos hubiesen sido castigados, ó mas

bien advertidos como yo, podrian destruirse las mazmorras y cárceles... porque, á fé de Sylsed, te lo juro, no habria ya ladrones.»

Si creéis que esto merece una explicacion, tomaos la molestia de leer la historieta que me refirió Sylsed, en justificacion de su paradoja... y de las mias.

II.

Tenia yo doce años, comencé; era esterno del colegio de ***. á donde siguiendo la clásica costumbre, iba dos veces al dia, por cuya razon pasaba naturalmente cuatro veces cada dia por la calle que desde nuestra casa habia que seguir para ir allá.

Como á la mitad de aquella calle, ostentaba su almacén un orgulloso droguero que era medio confitero. Un escaparate completo de su tienda estaba consagrado completamente á los dulces y cosas de azúcar. Todos los dias al pasar, echaba una mirada á aquel escaparate, pero bastante indiferente hasta entonces, porque la glotonería no era mi defecto capital.

Cierta dia, sin embargo, el escaparate presentó á mis miradas un magnífico perro de azúcar, que al punto me enamoró.

Lo menos por espacio de cinco minutos, permanecí en la acera inmóvil y encantado ante el perro de azúcar; durante todo el tiempo de clase no hice mas que pensar en ello. A la salida corrí de una tirada hasta el sitio del escaparate; otros cinco minutos estuve contemplando el perro de azúcar.... Toda la noche estuve dando vueltas sin cesar ante mis ojos. La noche siguiente soñé con él. El dia inmediato estuve en cuatro ocasiones distintas en cuatro prolongados éxtasis ante la obra del droguero. Decididamente el perro de azúcar ocupaba un lugar en mi vida, no tardó en ocuparla toda entera.

¡Oh! ¡es que era un maravilloso animalito! Pertenecía á la raza de los perros de aguas. Tenia las patas de color de chocolate, el vientre de color agamuzado, la gualdrapa y la cola azules, el hocico del rosa mas precioso... ¡un perro seductor, como se ve! ¡un perro ideal!

¡Tenia tal expresion de cariño su fisonomía! ¡Tenia tan singularmente rizadas sus lanas! Los diversos colores que componian su conjunto, tenían no sé qué engolosinadora superioridad sobre todos los demas perros del mismo género; parecia que el mismo Satanás, deseoso de tentarme, se habia tomado el trabajo de inspirar al droguero confitero, y hacerle poner en su perro de azúcar lo que en otro tiempo habia puesto en la famosa manzana del paraíso.

Eva sucumbió... ¿podia yo resistir? ¡Yo, que era un niño, es decir, dos veces una muger?

¿Pero cómo llegar á la posesion de aquel tesoro? ¡Era tan bonito! ¡Debia ser aquello tan bueno! ¡Debia costar tan caro!

Me daban una que otra vez algunos cuartos, y aun en raras ocasiones algunas monedas blancas, en los dias que repicaban gordo, ó cuando era uno de los diez primeros de la clase; pero la fatalidad queria precisamente que un acceso de pereza me hubiese hecho quedar atrás en aquel momento, siendo ademas principio de cuaresma. Aguardar á Pascuas... ó bien realizar algun gran adelanto... ¡esto era muy largo, era imposible! Porque aquel condenado perro me atraía mas y mas; porque yo queria esforzarme en no verle, y siempre le miraba.

Habia, sobre todo, momentos en que el sol, dando en el escaparate, le rodeaba de no sé qué aureola resplandeciente. En aquellos instantes estaba yo maravillado, fascinado; en mi imaginacion, en mis sueños, le veia siempre así; le tenia al fin, le tocaba, le admiraba por todos lados; lo chupaba, lo mordía con inespliables delicias. Decididamente la tentacion era cada vez mas fuerte: era preciso que toda aquella felicidad se realizase... era necesario... era indispensable....

Pero lo repito, ¿cómo? Una confesion hecha sencillamente á mi madre, un deseo expresado en voz alta, sin ninguna duda, bastarian. Ni se me ocurrió esta idea. Hay ciertos deseos de la infancia como en el primer amor. Se quiere desear y conquistar en secreto; se oculta su naciente pensamiento á todos, aun á su madre.

Pero Satanás estaba siempre allí... Satanás,

que para mi perdición, había confeccionado el perro de azúcar... Satanás, que sin duda alguna quiso sugerirme el medio de hacerme dueño de él.

Acostábase entonces en una gran alcoba, donde todas las noches me dejaban solo. En aquella alcoba, que algunas veces servía para relegar en ella muebles inútiles ya, había en aquella época cierto monetario del que faltaban algunos cajoncitos, y otros estaban entreabiertos. En uno de estos últimos, vi relucir una noche al acostarme alguna cosa blanca.

Me aproximé.

Era una pieza de cuarenta cuartos.

Explique quien quiera las relaciones que se establecen al punto entre las cosas más distantes en apariencia. Aquella pieza de cuarenta cuartos me hizo al instante pensar en el perro de azúcar.

Por una especie de fantasmagoría mágica, por la obra de Satanás, estoy seguro de ello, se transformó de repente... tomó la forma de mi ideal. ¡Sí! Veo el prodigio como si fuera ahora mismo... era el perro de aguas de garridos colores... ¡era el mismo perro de azúcar!

Naturalmente, mi primer movimiento fué el de echarle la mano.

El frío de la plata me detuvo repentinamente. Retrocedí... tuve miedo... reflexioné.

¡Aquella pieza de cuarenta cuartos no era mía! ¡Se había quedado olvidada allí sin duda! ¡A no dudarlo querrian recogerla a la mañana siguiente! ¡Sería descubierto entonces! ¡Sería castigado!... ¡No debía! ¡No, no, no podía!

Sumamente afectado, singularmente turbada mi imaginación, me acosté. Pero no pude dormir hasta media noche, mirando continuamente con el rabo del ojo la pieza de cuarenta cuartos, que de lejos en las tinieblas, me parecía relucir como el ojo del diablo.

El día siguiente, al volver la primera vez del colegio, subí aceleradamente a mi habitación. Todavía estaba allí la pieza de cuarenta cuartos. Hubo una nueva tentación, una nueva lucha a la que sin embargo, resistí todavía. Al volver a entrar a la hora de comer, me contuve lo que pude por no subir. A la noche, volví a encontrar dentro del cajoncito, entreabierto del mismo modo, la maldita pieza de cuarenta cuartos.

Sentí un movimiento de cólera, cerré violentamente el cajón. Me acosté inmediatamente. Quise dormirme.

A través de mis párpados entornados, a través del cajón cerrado, veía todavía la pieza de cuarenta cuartos.

Otros dos días, otras dos noches se prolongó la lucha. Mas yo tenía fiebre... me dormí, desperté, siempre veía el perro de azúcar y la moneda de cuarenta cuartos que se confundían, que se transformaban, que daban vueltas a mi alrededor como en una pesadilla.

Nuevo San Antonio, supliqué al bondadoso Dios que el droguero vendiese el perro de azúcar, que quitasen la moneda de cuarenta cuartos y desapareciesen los dos a la vez para no reaparecer jamás.

Pero no... no. El perro estaba siempre en su escaparate: siempre en el cajón la moneda de cuarenta cuartos.

Cansado de luchar, al fin llegué a decirme: está olvidada, completamente olvidada. Nadie sabe que está ahí; nadie sabrá que la he cogido. No es de nadie: es mía... muy mía.

Y... sin duda Satanás me empujó el brazo... Mas al fin, ¿qué hacer? Cogí la moneda de cuarenta cuartos.

Esperar la sensación de placer y de temor que a la vez se apoderaron de mi corazón, sería imposible. Era la hora de ir al colegio. Bajé los escalones de cuatro en cuatro. No di más que un salto hasta la tienda del droguero: y con un gesto, con una voz que ningún actor sabría reproducir, arrojé la moneda de cuarenta cuartos sobre el mostrador, y exclamé:

—¿El perro de azúcar?

—¿Qué perro de azúcar?

—¿El que está en el escaparate, el azul, el bonito!

—¡Aquí le teneis!

Y el droguero me le daba.

¡Al fin!

Quise al pronto huir con mi tesoro; pero el droguero me detuvo por el brazo.

—Y bien, me decía al mismo tiempo, olvidas tu moneda.

—¡Mi moneda!

—Sin duda ¿no es tuya esta moneda de cuarenta cuartos?

—Si ¿y qué?

—¡Y qué! ¡Que el perrito de aguas no cuesta más que quince cuartos!

¡Quince cuartos aquel magnífico perro de azúcar! ¡Quince cuartos tan solo! Lo había oído mal... era una burla, una monstruosidad. El perro de azúcar y la moneda de cuarenta cuartos se habían por tanto tiempo removido en mi joven imaginación, que seguramente valía el uno el otro...

—Aquí tienes los veinte y cinco cuartos de vuelta, dijo el droguero.

En el primer momento estuve por no tomarlos; pero me los puso en la mano, y como la tienda estaba en aquel momento llena de gente:

—Vamos, me dijo echándome fuera, vamos, los parroquianos me esperan... vamos, pues; ¡es loco este pequeñuelo!

Luego que estuve en la calle no pensé más desde el primer instante que en mi perro de azúcar; era mio... ¡muy mio! Le tenía, podía admirarle a mi sabor. Le llevaba con orgullo, tan pronto en una mano, tan pronto en la otra. Le miraba con pasión. Después, de repente, habiendo llegado sin apercibirme a la puerta del colegio, como hubiera allí compañeros que se aproximaban, miré por última vez el perro de azúcar, y con no menos voracidad que Tántalo si se le hubiera permitido dar un sorbo, le devoré.

¡Ah! exclamó Sylsed al llegar a este punto de su sencilla narración; ¡ah! qué bueno era. Todavía siento su agradable dulzura en la boca. Pueden ofrecerme al presente las golosinas más esquisitas, nada podría parecerme tan excelente como aquel maravilloso confite, como aquel perro en que tantas veces soñé. Desafiaba yo con él a todos los confiteros de París.

Luego, continuó, como mis manos estaban completamente ocupadas, al sacar mi pañuelo, los veinte y cinco cuartos que me había vuelto el droguero, caen en el suelo.

Aquellos veinte y cinco cuartos eran el reverso de la medalla; eran mi conciencia despertada por Dios.... ¡eran los remordimientos!

Me eché atrás; debí ruborizarme de un modo atroz. Sentí circular por todo mi cuerpo un doloroso estremecimiento de espanto. Al principio había querido huir dejando allí los veinte y cinco cuartos; pero iban a verlo... a preguntarme... a descubrir todo.... No. Los recogí con presteza; los volví a guardar en mi bolsillo, colocando mi pañuelo encima.

Por fin, al llegar, los compañeros me arrastraron, y la clase comenzó. No entendí una palabra de la lección, os lo aseguro, como por lo demás, acostumbraba a sucederme hacia algún tiempo. Pero no era ya el perro de azúcar lo que ocupaba al presente mi pensamiento; eran los veinte y cinco cuartos que me quemaban la pierna... que parecían hacer que todas las miradas se dirigiesen a mí, con lo que estaba más embarazado que jamás pudiera estarlo el ladrón de una alhaja muy conocida para deshacerse de ella, como jamás el asesino con su ensangrentado puñal.

Terminóse la clase. Mi embarazo era cada vez mayor; ¿cómo entrar en casa con los veinte y cinco cuartos? Jamás me hubiera atrevido a ello.

Mas entonces ¿qué hacer?

Por un instante tuve la idea de llevárselos al droguero; pero no los quería aquel hombre endemoniado; ¿dónde ponerlos? ¿dónde guardarlos? ¿Dónde ocultarlos? No me atrevía ni aun a tocarlos... ¡Me daban miedo!

A fin de reflexionar con libertad, entré en una iglesia que se hallaba casi contigua al colegio.

Había yo hecho allí mi primera comunión el año anterior; tenía el corazón lleno todavía de esas dulces ideas religiosas con que hace florecer las almas jóvenes.

Un anciano sacerdote que me había instruido, pasó precisamente por delante de mí, dirigiéndose hacia un confesonario, en el que entró.

Después del diablo, el bondadoso Dios tomaba evidentemente su parte en el asunto.

Una idea repentina me vino al rostro; me precipité hacia el confesonario como un gran culpable en sus últimos momentos, é hice sollozando la confesión de todos mis crímenes.

El sacerdote, un anciano bondadoso de blancos cabellos, nada me respondió; pero saliendo del confesonario me llevó por la mano hacia la puerta de la iglesia. Allí, en el primer escalón se encontraba un ciego. Delante de aquel ciego, un perro de lanas también, que en su boca, no menos sonrosada que la de mi víctima, tenía un platito de madera.

—Sylsed, me dijo entonces el buen anciano, Dios perdona al que da limosna, hijo mio. ¿Adivinas tú dónde debes ocultar esos veinte y cinco cuartos que pesan tanto en tu conciencia?

¡Ah! ¡sí, había adivinado! Ya el dinero del crimen estaba en el platillo del ciego.

Sentí al punto en el alma uno de esos fanatismos de virtud, que hacen, para rescatar un pecadillo, no parezca suficiente una sola expiación, y que es necesario añadir todavía otras, y siempre otras....

Volví a subir, pues, precipitadamente la escalera y dije al sacerdote:

—Héme aquí ya libre de esos veinte y cinco cuartos; pero ¿y la moneda de cuarenta?

—¡Bien! ¡bien! dijo el anciano; tú comprendes que eso no ha bastado. Tú querrias que la moneda de cuarenta cuartos se encontrase en el cajoncito; ¿no es verdad?

—¡Oh! sí. Mas ¡ay! ¡no, eso no puede ser!

—¿Quién sabe!

Y en el rostro del sacerdote se dibujó al mismo tiempo una sonrisa angelical.

—¿Y qué es necesario para eso? exclamé yo ¡Oh, hablad!

—¡Trabaja! me respondió; trabajar con la firme voluntad de obtener el premio de sobresaliente en los exámenes de semestre.

—¿Y eso hará volver la moneda de cuarenta cuartos?

—¡Obedece! dijo misteriosamente el buen anciano; tal es la segunda penitencia que te impongo. ¡Obedece y espera!

Tres semanas después obtenía yo el premio.

—¡Estoy contenta, muy contenta! me dijo mi madre abrazándome.

Y por recompensa me dió cuatro monedas de diez cuartos. ¡Precisamente mi cuenta! Mas en aquellas monedas, sin embargo, no había yo mi negocio.

—¡Madre! la dije ruborizándome algo, en lugar de estas cuatro monedas, ¿no podrías darme una sola de cuarenta cuartos?

—¡Con mucho gusto!

¡Con qué presteza volví a subir a mi habitación! ¡Con qué loca alegría volví a dejar mi moneda de cuarenta cuartos, precisamente en el mismo sitio de la otra, en medio del cajoncito!

Pero ¡cosa extraña! en la misma noche observé que había desaparecido.

Pasaron las vacaciones de Pascuas. Llegó el gran día.

Al volver de las vísperas encontré a mi madre que tenía en sus manos un nuevo cuadro que yo no conocía, y que parecía contemplar con una extraña emoción.

Me aproximé... miré... ¡Qué admiración! En lo alto del cuadro la moneda de cuarenta cuartos; mas abajo, y en la misma línea, los veinte y cinco cuartos del droguero, los mismos... ¡Oh! ¡los conocía tan perfectamente!

—¡Los he recobrado del ciego! me dijo mi madre abrazándome.

Al mismo tiempo entró el anciano sacerdote, que nos miraba con esa misma sonrisa que había visto en su semblante en las escaleras de la iglesia.

Comprendí todo.

¡Sacerdote inteligente! ¡Dulce y bondadosa madre! ¡Oh! ¿Por qué todos los hombres no han podido recibir en la infancia semejante lección?

No solo acababa de ser corregido del robo, sino que al mismo tiempo había aprendido el trabajo y la caridad.

Una palabra para terminar.

Desde aquella época siempre he adorado los perritos de lana... ¡los verdaderos! Pero jamás me he podido decidir a volver a comer otro... ¡de azúcar!